



INSTITUTO POTOSINO DE
BELLAS ARTES

Arte para todos

JUAN FÉLIX BARBOSA

SELECCIÓN DE TEXTOS PARA
REGIÓN DE LETRAS



**UNIVERSIDAD
PEDAGÓGICA
NACIONAL**

JUAN FÉLIX BARBOSA

SELECCIÓN DE TEXTOS PARA

REGIÓN DE LETRAS

Selección: Saúl Castro

Directorio

Juan Manuel Carrera López

Gobernador Constitucional del Estado

Armando Herrera Silva

Secretario de Cultura

Manuel Gameros Hidalgo

Director General de Desarrollo Cultural

Martha Eugenia Ocaña Gómez

Directora General IPBA

Por la presente edición

© Gobierno del Estado de San Luis Potosí

Secretaría de Cultura

Instituto Potosino de Bellas Artes

Av. Universidad esq. Constitución s/n, Centro

Coordinación editorial: Saúl Castro

Diseño: Angélica Sánchez

Juan Félix Barbosa. Selección de textos para Región de Letras es una publicación eventual del Instituto Potosino de Bellas Artes, de circulación gratuita, de divulgación artística y fomento a la lectura

Juan Félix Barbosa

San Luis Potosí

Es Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la UASLP y Maestro en Historia del Arte Mexicano de la misma universidad.

En 1999 obtuvo el premio estatal de periodismo “Filomeno Mata”, en la modalidad de crónica por su texto “Baile a ritmo de desarme”. En el 2012 obtuvo el segundo lugar en el Premio Estatal de Periodismo “Francisco Martínez de la Vega”, en la modalidad de artículo de fondo por su texto “La nación de la Ch”.

Ha publicado *Las Antíporas de anoche* editado por el Ayuntamiento de la capital de San Luis Potosí, en el 2008 y *Antídoto con música de fondo* por el Ayuntamiento capitalino y Taberna Librería editores, en 2013.

Ha publicado cuentos, reseña literaria y diversos artículos en periódicos locales y nacionales.

Es productor del programa *Intermención* del Instituto Potosino de Bellas Artes y bajista del grupo de Rock S.U.R. (Sindicato Único del Ruido)

DE *LAS ANTÍPORAS DE ANOCHE*

TODAVÍA NO LO SÉ

Después de marcar el número telefónico acostumbrado, en busca de Amelia, el orbe y sus giros se detuvieron para Jon, al momento que la voz de doña Antonia lo mandó con dos o tres palabras, no conocidas por él, a un infierno verbal y altisonante.

—¿Pues qué le pasa a esta señora? ¡Si Amelia y yo estamos bien! Bien, bastante, bastante bien— Arqueó la ceja izquierda. El recuerdo lo encadenó a los juegos de recámara, una noche antes; pero, todo fue inútil, porque el “incidente” pudo más y supuso que la actitud “Doñarroñesca”, se debía a la fecha, doblemente significativa: era diciembre 28, aniversario matrimonial número siete al lado de “Amely” y además, conmemoración de los Santos Inocentes.

Previo al casorio, Mamá Toña fue insistente con Amelia sobre su futuro: Jon no llenaría las expectativas, uno, por su edad, algo mayor que ella; dos, no contaba con una formación profesional que le permitiera asegurar el mañana de ambas, así que, la recriminación frecuente de Mamá Toña parecía más bien una especie de mantra sagrado para deshacerse de él.

—¿Eres escritor? ¿Y con eso serás capaz de mantenerte a ti mismo? ¿Mira que estos tiempos ya no dan para escritores? Nadie los lee y si nadie lee un libro, entonces ¿quién carajos se va a preocupar por adquirir los tuyos? ¿Con qué vas a mantener a mi hija? —recordó Jon los reclamos de mamásuegra. No era del tipo de mujer pegadiza e insufrible apostada en medio de los novios; sin embargo, tenía lo suyo y eso era algo que a Jon le llenaba el hígado de pececitos petrificados.

—¿Me habré equivocado de número? No lo creo, esa era la voz de Doña Roña —dijo desconfiado de sí mismo. Por un momento, el número telefónico que la costumbre había vuelto un arco reflejo involuntario, giraba como un trompo electrónico en su memoria y la conjugación de cifras celebraba una fiesta de intercambio, posiciones y permanencias.

<<Ochoquincesesentaycincocuarentaycincochoquincecuaresentaycincosesentaycincochoquincochoquincecincuentayseiscincuentaycuatrochoquincesesentayseiscuaren...>>.

Los números, de transcurrir continuo, rechinaron bajo la potestad que Jon y su repaso exigían para un incipiente momento de crisis: ¿8...15...5-45? Poco a poco, la cifra consumó su rodaje por entre el laberinto cerebral hasta llegar a la punta de un dedo índice tembloroso y, estamparse contra el tablero del teléfono público en busca de la seguridad perdida.

—¿Bueno? ¿Está Amelia? —preguntó Jon con la confianza y el enojo que le dejaría en claro a Mamá Toña, su indisponibilidad momentánea para bromas, mucho menos las que caían en ese tipo de sinsentido.

—¿Quién la busca? ¿El mismo idiota de hace rato? Ya le dije que Amelia no está, además, es una mujer casada y su marido no tarda en llegar —Aún no terminaba la señora y Jon le dijo con otro tono de voz, esta vez más suave y condescendiente:

—Mamá Toña por favor soy yo, Jon, el marido de Amelia —la duda se enroscó en el cordón telefónico como un silencio que aprisionaba a los dos, del oído. El hombre iba probar la efectividad del canal de comunicación, cuando, ella fue quien respondió:

—¿Julio? —Ahora, la mujer estaba sumida en una cuenca de donde desesperada quería salir, repitió el nombre y Jon, enojado casi gritó —¿Julio? ¿Cuál Julio? Señora, soy... —ya no pudo discutir nada porque en la otra parte, el auricular había cercenado violentamente la conversación.

En una muestra de agilidad inusual, Jon tecléo la última cifra con insistencia y exasperación, hasta que, el sonido de la línea telefónica arribó a su oído derecho sólo para reabrir un capítulo cerrado siete años atrás: Julio. Con ese nombre se presentaba, vía telefónica, ante Mamá o cualquier otro familiar de Amelia. “Julio”, fue la ganzúa mágica de acceso a un noviazgo aceptado que iba y venía por entre los orificios del auricular. “Julio”, gracias a su literato predilecto de humor negro, hábil en el manejo de bromas estratégicas y desquiciantes. Se rebautizó espontáneo, desde la primera llamada a la casa de Amelia, pues, debido a la fama de la inquisitorial mujer, estaba convencido del rechazo de su futura suegra.

“Julio” fue ganándose poco a poco, la confianza familiar y el interés de Mamá Toña con piropos, poemas y canciones cursis que estaban de moda. Las flores constituyeron otro recurso acertado. En la tarjetitas siempre firmó como Julio, con una rúbrica “hipnotiva y viril” según la señora.

—Mira la elegancia. Hasta parece que se preocupa porque su firma haga juego con el ramo de flores —.

Al principio, el ardid resultó divertido, más la ingenua emoción de Mamá frente a la deliberada estrategia de Jon y sus matices inesperados no lo fueron tanto. Amelia pensó en confesarlo todo: no se llamaba Julio, no era licenciado, ni tenía una clientela distinguida; pero quiso que el propio Jonás, aclarara los puntos. La verdad vino mucho tiempo después, exactamente unas semanas antes de entrar a la iglesia. Jon, engolosinado con la farsa, no quería abandonar a “Julio”, sino al cotidiano Jonás, lóbrego ante la nueva personalidad que desbordaba confianza y carisma por el teléfono.

El estertor de Jon era una aguja prestísima de metrónomo que no lograba poner ritmo a sus ideas, ni al intento de conjeturar las causas que movían lo sucedido. ¿Una broma conmemorativa? Ahora que cumplían siete años y ¿precisamente en el día de los Santos Inocentes? Esa parecía la respuesta más próxima para salir de la sorpresa. Qué otra cosa podría ser sino una revancha suegromatriarcal que buscaba “recordarle” la sombra de alguien a quien ella, Mamá Toña, terminó por considerar el yerno ideal; porque tras la explicación liberada al fin, las relaciones “familiares” no quedaron tan bien.

La primera vez que Jon entró a esa casa, a doña Antonia le ganó la desilusión: lo suponía un poco más... con aire de mundo y, finalmente, sin saber aún la verdad, decidió que la imagen en nada contravenía los modales y la personalidad del prometido Julio. Hasta allí, el futuro aún no se bifurcaba.

—Si esto es guasa, Mamá Toña se puso demasiado mezquina. Ya me disculpé lo suficiente. Jon le dijo hasta el agotamiento que el nombre en nada alteraba la esencia de una persona. Durante las maratónicas explicaciones, el yerno nunca se percató de que, al calor de su discurso conciliatorio, la suegra tenía el pensamiento más allá de esa nube polvorosa de palabras salida de la boca de Jonás, que Mamá viajaba feliz por toda la ostentación que “Julio” el de la voz melosa y la firma viril, pudo haberle ofrecido a su hija.

El visor del teléfono público marcaba saldo insuficiente en la tarjeta y fue necesario que Jon, sacudiera el papelerío de su billetera en busca de la otra que había comprado unas horas antes. La adquirió porque llamaría al aparato celular de Amelia, pues iban a confirmar la cita para ir a comer, pero, el servicio de la central telefónica no era el mejor en esos momentos y su insistencia fue enviada invariablemente al buzón. Por eso, extrañado, llamó a la casa de Mamásuegra, donde, con toda seguridad, se encontraría Amelia.

—¿Amely? Fíjate que ahora, tu madre... —sin concluir la explicación se dio cuenta de que era la voz de Amelia guardada en la contestadora electrónica. Jon aventó el aparato contra una de las paredes de la cabina y se tapó los orificios nasales con la mano derecha, así, evitaría la llegada del tic nervioso delator en situaciones de tensión: respirar y oprimir la nariz. Expulsar lento. Respirar y oprimir la nariz hasta que se aleje la amenaza del tic. Ya dominado, en sí, marcó nuevamente.

—¿Bueno? ¿Otra vez usted? Mire voy a llamar a la Policía y...

—¿Mamá Toña? No sé qué diablos esté pasando. ¡Soy Jonás! ¡Su yerno!

—Ya le dije que mi único yerno se llama Julio y ahora sí voy a llamar a la...

—Bueno, bueno, antes de que le llame, déjeme hablar entonces con Julio...—dijo con suavidad e inteligencia.

Como si fuera un personaje más en la conversación, el silencio se mantuvo regio. Jon sintió alivio al creer que la partida era suya. Del otro lado, las manos de la señora intercambiaban con otras, el aparato telefónico.

—¿Sí?

—¿Quién habla? —preguntó Jon casi victorioso.

—Julio. Marido de Amelia...

El silencio regresó en su contra. Allá estaba él, Julio. Mamá Toña tenía razón, era la misma voz que él, Jonás, solía imitar para volverse “Julio”, esa voz segura, gruesa y modulada, irresistible, incluso ahora que, desde el otro lado del teléfono le explicaba con toda amabilidad el pronto retorno de Amelia. Jon puso la mano derecha en la caja del teclado para no desfallecer, como no fue suficiente, la izquierda fijó algún punto de equilibrio en la caseta y alcanzó a decir

—Hoy es 28, hoy es 28, hoy...

No supo cuánto tiempo tardó en llegar hasta la parada del camión que lo conduciría a la casa de su suegra. Repentinamente, el autobús estaba allí y él, cerca de la puerta, con los dedos bajo los orificios de su nariz, tratando de comprender. Un adolescente que iba detrás suyo, le preguntó:

—¿Va a subir o no? — Jonás lo miró sin mirarlo y dijo entre dientes:

—Todavía no lo sé...

SALACIÓN

Eusebio descubre la inmensidad frente a sí. El cielo se hilvana con el mar, donde la mirada se derrite impotente. Los brazos aletean sin fuerza. El agua disuelve cualquier afán, menos un augurio que retumba en sus oídos. Escucha, interminable, su nombre; no sabe si la asfixia le revienta los lagrimales o son las frustraciones que siempre guardó sin protestar.

Anadelia, su mujer, jamás comprendió la situación de carencias que Eusebio arrastraba desde tiempo atrás, sumido en la desesperanza.

Lo hacía menos, continuamente le echaba en cara su incapacidad para darle una vida holgada. Él, perdió la ilusión de tener hijos ante las frecuentes crisis de su pareja y el desencanto de una cotidianidad azarosa. No quería creer en el destino y sus ocurrencias, pero al sentirse sin voluntad para dirigir su propio rumbo, terminó por visualizar el destino como un titiritero obeso con la dentadura amarilla y el aliento pútrido.

El deseo por quitarse la fijación de ser controlado lo hacía, en un arranque de caprichosa locura, agitar las manos por encima de la cabeza, para cortar los hilos que el dueño de la función movía a capricho; hasta que otra vez, sin vigor, vagaba por la ciudad.

—Es la salación —decía su abuela mientras movía las agujas en su tejido.

Eusebio ya no tenía sentidos. Los gastó en las interminables entrevistas de colocación y en cualquier lugar que tuviera en la ventana el mismo anuncio: “se solicita”.

—Te digo que es la salación —insistía la anciana sin despegar la vista del tejido y la madeja de estambre—. Nada pierdes con ir; anda, ve a que doña Chanita te dé unas barridas.

Sin resistirse, se encontró en una habitación oscura repleta de santos y olores extraños. Eusebio sintió quemarse al ser barrido con hierbas y huevo de gallina.

—Híjole, andas muy mal —dijo doña Chanita—. No había visto a alguien tan salado como tú. Mira... —Eusebio gritó al ver un montón de sal a su alrededor después de la limpia —. Alguien quiere verte sufrir —la curandera buscó en su delantal y le entregó un pequeño cuarzo incrustado en un dije—. Hay gente caramba; pero no te mortifiques, busca en el agua, joven, te sentirás mejor.

Esas palabras resultaron más oscuras que el lugar.

Aún con las curaciones, no tuvo paz ni dinero. Curiosamente comenzó a sentir que algo se le desprendía al moverse y, casi perdió la cordura cuando notó en el piso, los muebles o donde estuviera, manchitas de sal.

Sufría al desmoronarse cada que se rascaba, pero su ansiedad era mayor. En las orejas una aguda vibración le perforaba los nervios, como un alambre de metal candente que parecía incrustarle su nombre casi inaudible. La desesperación le llenaba las uñas de filo, la piel de canalillos color blanco y una que otra solución descabellada. Después de unas zancadas se detenía repentinamente e iniciaba otra vez una larga carrera para sudar y derretir ese malestar que le picaba el cuerpo.

Con la idea del agua se arrojó a la fuente de la plaza, permaneció un rato sumergido frotando el amuleto. Al necesitar el aire, salió disparado, para encontrar únicamente miradas extrañas y sonrisas malintencionadas.

En casa, Anadelia lo estaba esperando puntual con la misma cena: un reclamo degenerado en ofensas y luego la prisión compartida de muros palpitantes y borrosos.

Se encerró en su pensamiento y allí vagó toda la noche, cobijado por una iluminación agonizante. Las ideas eran bandidos corriendo de una esquina a otra.

Al día siguiente, fue a vender los pocos libros que conservaba. Le resultó doloroso perder los poemarios y las novelas. Quizá porque siempre se reconoció en algunos protagonistas como Ulises, pero nunca tuvo un Telémaco y supo que Anadelia no sería la fiel Penélope.

Sin saber por qué, compró un boleto para ir a la playa.

Ya no se cuestionó nada. Todo fluía con rapidez. Las líneas de la autopista eran devoradas por el presente colgado en sus ojos, como los labios de un espanto pegado en la ventanilla del autobús. Con la manga de la camisa esparció un escupitajo sobre el cristal para borrar ese interminable ahora.

En la playa, sin ropa, se rascó el torso y la cara hasta llenarse los dedos de sal.

—Eusebio... —otra vez la punta de metal que disminuía en calor y aumentaba en volumen y claridad. Giró en busca de la voz, tal vez de su mujer, pero no encontró a alguien conocido.

—Eusebio... —continuó varias veces la convocatoria.

Fue hacia el mar que pausadamente lo cubrió hasta el cuello; para entonces el augurio era una frase que latía incansable en sus neuronas.

—Eusebio...—

Con la mirada derretida en el horizonte, escucha su nombre sin parar.

La eternidad danza frente a él y la asfixia es un vapor que lleva los reclamos por encima de una voz azul que se prende a sus oídos. Todo parece diluirse: el fracaso y la tristeza, las piernas, los brazos y su gran sonrisa en hilos de sal, ondeando al ritmo de un amuleto que flota sin rumbo.

LAS ANTÍPORAS

Todos tenemos algún problema. El mío es que estoy atado a las antíporas...

Al igual que en cualquier adicción, uno suele perder el rumbo del tiempo, pero quizá sea lo mejor. Si lo pienso detenidamente, cambian de rostro y comienza la tortura.

Las antíporas llegaron un día, no sé cuando, sólo recuerdo que fue después del ángelus, yo estaba desnudo hojeando una revista pornográfica.

Empezaron con una danza alrededor de mí. La parálisis me impedía huir o gritar. Lentamente se acercaron aleteando un aire delicado con olor a gardenias. Mi piel adquirió voluntad propia ante el extraño estímulo.

Sus movimientos eran indóciles y casi perfectos. A pesar de que el cuarto es reducido, parecía no importarles la dimensión y traspasaban cualquier obstáculo. Tuve miedo, debo reconocerlo.

Enseguida descubrí que los límites de mi cama las mantenían a raya y eso me tranquilizó un poco.

En adelante pude observar con mayor placidez su aquelarre dancístico, que empezó por derruir toda incredulidad de mi parte y de manera paulatina provocarme una excitación anormal y gran dependencia a su fantástico frenesí.

Al principio la situación era mesurada.

Entre una mezcla de nervios y placer me despertaba para verlas entrar. Ahora, suelen venir en el momento menos pensado y siempre en medio de la soledad. Gradualmente fui acostumbrándome a su extraña visita.

Incluso, una vez no dormí a causa de mi desesperación y el deseo de espiar hasta el final su cadencia orgiástica. Aunque no he querido enumerarlas, normalmente llegan en grupo. Algunas son espigadas, otras no; y todas tienen el mismo sello característico: la mirada de fuego.

Como mi desnudez no era impedimento para su exaltación, opté por no modificar el tono de cordial bienvenida y, quizá ese fue el motivo que aceleró las circunstancias de mi dependencia.

Una de ellas, la que aparentaba llevar el control sobre las demás, dejó de bailar y se acercó peligrosamente a los linderos de mi cama. Sabiéndome protegido me recosté a lo largo y creí que nada pasaría.

Tocó la sábana y dispuso de toda geografía a mi alrededor, incluyéndome en su expedición. Las demás vieron campo libre y la danza llegó hasta mi cuerpo, como agua de mar que hace estremecer el reflejo de la noche.

Tenían tres sílabas en su gimoteo perfumado que al parecer encumbraba el clímax, repitiendo con sutileza: "eones".

Experimenté una sensación desconocida capaz de enloquecer a quien sea, sin embargo me reservaré tal deleite para que la imaginación de otros, multiplique en potencia sus efectos a gusto y necesidades propias.

Noches después, con la idea de investigar a fondo sus características, coloqué estratégicamente espejos y una videocámara. Así tendría los argumentos necesarios como prueba de mi extraordinario relato, pues no dejaría de contarlos.

Ese ritual ha sido el mejor. Hicieron de sus movimientos un poema de fondo para la que deshacía las fronteras de su dimensión y llegaba hasta mí.

A consecuencia de una inesperada falla eléctrica y la excitación del momento olvidé el detalle de los espejos. Al día siguiente encendí la cámara de video y tuve una dolorosa decepción: la cinta del caset se atoró sin lograr reproducir algo.

Ya sin la videocámara dejé la misma escena para la noche siguiente con el auxilio de velas. Quería evitar cualquier sorpresa; sólo que en esta ocasión fue diferente. Los espejos revelaron otra faz de las antíporas.

La danza era un movimiento atrofiado. Seres deformes se aproximaban a mí, torpemente. Recordé que los límites de mi cama ya no lo eran. Cubrí mi desnudez para ver si se detenían; pero se acercaban desprendiendo una especie de polvo lodoso. No sé qué pasó, quedé inmóvil, se deshicieron de la colcha que me cubría y llegaron a mí,

Curiosamente al verlas de manera directa mantenían su aspecto inocente. Las sensaciones no cambiaban. No obstante, era inevitable voltear al espejo y horrorizarse. De esta forma pude observar que después de tomarme, cada monstruosidad se tornaba en un ligerísimo destello de luz y luego desaparecía.

Cerré los ojos y creo que perdí la conciencia durante dos o tres días.

Tal vez porque las antíporas tienen el mismo rostro, jamás imaginé que cada noche venían grupos diferentes. ¿De dónde? Lo ignoro. Eso es lo único que sé sobre ellas.

Siempre tengo impaciencia por su retorno, aunque trato de evitar los espejos. Mientras, escribo el inicio de un relato que no prospera, para ver si en un futuro, alguien sabe más sobre ellas y sugiere algo en beneficio de mi liberación.

En tanto, enciendo un cigarro más y anoto:

Todos tenemos algún problema.

El mío es que estoy atado a las antíporas...

DE *ANTÍDOTO CON MÚSICA DE FONDO*

POP MATA ROCK

En algún lugar de su geografía mental vegetativa, Gustavo Cerati vive una espeluznante alucinación: como único espectador, y atado a una localidad del Estadio Azteca, escucha uno por uno los “éxitos” de Christian Castro, ídolo pop, quien aseguró a la prensa internacional ser hijo putativo del rockstar. Desesperado, Cerati lucha hasta el punto de la destemplanza neuronal, el pronto retorno a la vigilia, pero, desde el escenario, el imberbe cantante parece confinarlo con su potente rugir: No podrás escapar...

LA GRAN ESTAFA ROCANROLERA (COMO NI DIOS SALVÓ A LA REINA)

El grupo de greñudos, vestidos con un atuendo negro y ajustadísimo avanzó hasta nosotros que íbamos rumbo a la Alameda. Abandonaron la fuente central, ubicada en la Plaza de los Fundadores para interceptarnos a Pedro y a mí, justo donde estaba el cine Othón.

—Aquí no queremos punks, hijo de tu puta madre —, dijo uno de ellos, al tiempo que, otro, lanzó un puñetazo directo a la mandíbula de mi amigo.

En fracción de segundos recordé la tonadita de los Clash: “puedo quedarme o puedo irme...ahora”. Antes de reaccionar, ya me habían sujetado tres greñas largas. Pedro se cubrió instintivamente el rostro. Pude ver su cabeza, rapada de los lados y con una franja central que iba desde la nuca hasta la frente, convertida en pera de box...un golpe, dos golpes... tres golpes en la tarola y un doble bombo veloz no dejaba de sonar...“you say, seek and destroy”...oración de Santa Metallica con su manto heavy alrededor de los puñetazos y las patadas que llovían sobre el Pete. De todos los seres humanos, quizá Pedro era el menos indicado para ser punk macizo. Ese corte mohicano le quedó así debido a la impericia de un primo suyo, aprendiz de peluquero, con la maquinilla rasuradora.

—Ay güey, se me pasó la mano. Deja te rebajo el otro lado, hay que darle equilibrio visual —, le dijo su primo entre risotadas, mientras observaba el trasquile a nivel de rape en ambos lados, arriba de las orejas.

Pedro se enojó mucho. En cuestión de días, asistiría a una presentación importante. Al principio, decidió cubrirse con una gorra; después, mandó todo al diablo y por si fuera poco para su llamativo aspecto, se enfundó en unos pantalones rotos como lo dictaba la moda.

—Mira, pendejo, los pinches punks son pura mierda barata. ¿Anarquía?, tu chingada madre —gritó enérgico, el greñudo líder. Le jaló el pelo de donde pudo y lanzó a Pedro, maltrecho, al piso adoquinado y justo ahí, los que me sujetaban, me enviaron a hacerle compañía.

Aunque el momento del agandalle me pareció una larguísima canción metalera, en realidad, duró poco tiempo, igual que una rolita punk. Qué ironía, fue tan rápido, que nunca vimos ni la sombra de un maldito cuico.

Pinche The Clash, pensé en aquel instante. Dónde quedó eso de “conoce tus derechos. Derecho uno, tienes el derecho a que no te maten...”, de los Pistols, mejor ni hablar, tal vez el fantasma del Vicious andaría por ahí, haciéndole honor a su apellido-seudónimo.

Los fanáticos del trashmetal se quedaron de pie, en espera de que, aleccionados nos retiráramos de su territorio. Después de levantarme incorporé a Pedro, quien al caminar se apoyó en mis hombros. Yo iba muy encabronado y mascaba silencioso: ¿no que el rock hermana a la banda y quién sabe qué chingados más?

Mi amigo cojeaba notablemente, pero me aseguró que ni aun así, faltaría al ensayo general de la presentación donde, días más tarde, sería coronado reina gay. Y en su afán de recuperar el ánimo, comenzó a canturrear, con tono irónico, una tonadilla que a él le llegaba muy al fondo: “...No controles mi forma de vestir porque es total y a todo el mundo gusto...no controles, no controles...”

VEN CLARIDAD

A Rossy Montoya
y toda la flotilla de los grupos A y B
de la Escuela Primaria Ignacia Aguilar

En aquel año, el salón de clases comenzó a cimbrarse, cuando sorprendidos, los que entonces éramos alumnos de quinto grado descubrimos que, desde el escritorio, la maestra comenzó a llorar enloquecida. Las niñas le hicieron segunda entre una marejada de gritos sin forma, ni regularidad, hasta que Rocío, la más escandalosa de todas, explotó:

— ¡Ya empezó el fin del mundo! ¡Todos vamos a morir!, ¡No, Menudo, no!, ¡por favor!

Algunos de los niños tenían los ojos humedecidos, otros, menos discretos, sollozaron escondidos bajo los pupitres donde apenas se balanceaban enconchados. Una sombra densa apareció sobre las ventanas del aula hasta inundarla con una oscuridad total que unida al temblor, pareció rugir, decidida a devorarnos a todos.

Yo me quedé pegado al asiento. En aquel instante sólo pensé en mi mamá y en mi abuela Rosa. Abracé con todas mis ganas la paleta del pupitre porque imaginé que una gran mano se introduciría por la puerta del salón para sacarnos a uno por uno y después llevarnos lejos.

Nunca fui cumplido con la tarea, pero es que prefería jugar con mi perrito Bruno. Algunas veces no llevaba la tarea porque mi mascota la mordisqueaba dejándola inservible y como eso es lo que los de mi clase argumentaban para salir bien librados, alguna vez se me ocurrió inventar otra justificación y le dije a la maestra con toda la seguridad posible que se me había evaporado de las manos. No sé en qué estaba pensando ni cómo alguien creería algo así. Ella exclamó un ¡ah!, de sorpresa y me pidió que le enseñara las palmas abiertas, las observó como si de allí hubiera podido obtener huellas de la supuesta evaporación. La noté tan interesada que yo mismo caí en mi propia trampa: me distraje de tal manera para unirme en la búsqueda que nunca vi venir los dos reglazos plantados entre dedos y muñecas.

El día clave estaba tan asustado que abrazado de la paleta del pupitre sólo pensaba: <<No, por favor, que no se acabe el mundo. Que el de la televisión se haya equivocado>>. Un día antes, en las noticias el conductor dijo que un grupo de astrónomos había informado sobre una catástrofe terrible que amenazaba al planeta: una gran piedra del espacio exterior a punto de estrellarse contra la humanidad, hasta acabar con toda la vida en la tierra; pero no le hice caso porque mi papá se rió estrepitosamente y luego, le gritó al locutor “cabrón mentiroso”. Mi mamá fue la que dejó caer el plato con todo y panes tostados que llevaba hacia la sala donde escuchábamos la noticia. Cayó sentada en el sofá y empezó a llorar. Mi papá le dijo que todo era una vil pendejada y que el de las noticias sólo buscaba elevar su popularidad. Mamá le respondió que no lo decía él, que un grupo de científicos respaldaba la noticia. Tragándose su enfado y ya sin argumentos, papá se levantó para dirigirse a su cama. Sólo quedamos mamá y yo. El conductor de televisión se veía asustado y hasta recuerdo haberle visto resbalar unas cuantas lágrimas por las mejillas como si con ese acto se despidiera para siempre de su audiencia.

Mamá me envió a dormir, pero no pude hacerlo. Estuve pensando mucho en el fin del mundo. Tampoco lograba imaginar cómo una roca por más grande que fuera lograría aplastarnos a todos al mismo tiempo. Pues ¿no que el planeta es redondo? ¿Cómo una piedra lograría pegarle a una esfera completa?, a menos que la rompa, supuse. Fui al ropero por un balón de fútbol y por una piedra que encontramos en una excursión mi papá y yo. Hice la prueba una y otra vez, pero, no logré entender cómo sucedería el cataclismo mundial. No me quedó más que admitirlo y pensar: <<Si tuviéramos que morir, me gustaría morirme cerca de mi abuelita Rosa, porque me gusta mucho estar con ella>>.

Iba a llorar también, pero me acordé que alguna vez, el mismo locutor había dicho en cadena nacional que en algún lugar del Distrito Federal encontraron un vampiro humano en el fondo de un pozo y que la gente del lugar, aterrorizada, había sellado con una loza enorme la boca del hoyo para no dejar escapar al vampiro. Aquella vez tuve mucho miedo. No quería ir a dormir solo, porque me imaginaba que el vampiro aparecería detrás de mi ventana, pero nunca ha sucedido y poco después dijo cínicamente que todo había sido falsa alarma. Cada que lo recuerdo no puedo evitar estar completamente de acuerdo con mi padre, en eso de que el conductor de televisión, igual ahora, siguen siendo una bola de cabrones mentirosos. Aquella noche me quedé dormido sin una respuesta clara de cómo sería el fin del mundo.

Al día siguiente, por la mañana, en el salón cuando llegamos sólo se comentaron dos noticias: la del fin del mundo y la otra, menos importante, que vendría a la ciudad, Menudo, un grupo de cinco monigotes “bonitos” que ni cantaban y que sólo por moverse como fideos humedecidos ponían a gritar a las chiquillas.

Los niños platicábamos sobre la noticia y de cómo podría acabar del mundo, que si la gran piedra. Otros que enormes platillos voladores llegarían lanzado rayos verdes y los menos, que infinidad de zombis se levantarían de sus tumbas para devorarnos a uno por uno; por supuesto, ni por asomo mencioné lo de la mano gigante que me asustaba tanto.

Las niñas charlaban sobre lo mismo, pero en ciertos momentos preferían hablar de la visita de los fideos con cara bonita; eso hizo que se tranquilizaran y hasta se emocionaran un poco. Rocío era la que más entusiasta pues como presidenta oficial del club de fans, aseguró, le enviaron varios boletos preferenciales para la presentación y mismos que ya había repartido entre sus amigas.

La situación cambió cuando el director condujo con lentitud a la maestra hacia el interior del salón como si ella fuera un autómatas. Sin saludar a nadie, se fue derecho a su escritorio; el dire, como le decíamos, nos echó un vistazo rápido y salió con prisa. La maestra se sentó y parecía que nos miraba a todos sin mirarnos. Las niñas tuvieron que guardar su entusiasmo.

Al poco rato, el salón de clases comenzó a cimbrarse en medio de una oscuridad gradual que parecía volverse más intensa hasta quedar impenetrable. Dejaron de distinguirse los gritos de los niños entre los de las niñas. Y aunque la maestra no se veía, sí alcanzaban a advertirse sus gritos. El temblor se hizo más intenso; pensé en mamá y en mi abue. En mi papá no y eso, me hizo sentir mal. Todos gritamos y enseguida decidí guardar silencio, pero alcancé a escuchar a Rocío cuya voz chillona imploraba con fuerza:

—Por favor, diosito, que no se acabe el mundo...deja que venga Menudo, es la primera vez que van a venir a San Luis. Ya tenemos boletos y es para estar frente a ellos, por favor que no se acabe el mundo. Que no se

acabe el mundo. Déjame verlos aunque sea una vez y si quieres, después acabas con todos los mundos que tengas, por favor. —, y sin más comenzó a gritar:

— ¡Menudo, Menudo, Menudo!—, y como si se hubieran puesto de acuerdo, cada una de las niñas se unió a la porra hasta lograr que creciera por encima del ruido que provocado por el temblor.

Sin desprenderme de la paleta de mi pupitre observé cómo, muy despacio, retornaba la luz. El temblor comenzó a desvanecerse poco a poco y con él, la intensa machaca de las niñas porristas. Detrás de la cómoda donde guardamos los libros, se encontraba la maestra, con los ojos muy abiertos, muy rojos y en medio de un incómodo silencio. Mis compañeros seguían debajo de sus pupitres.

De repente, apareció el director en la puerta del salón y preguntó si estábamos todos bien. Con un pañuelo desechable, la maestra se limpió los ojos y luego la nariz, no supo qué contestar.

—Maestra, un avión pasó volando muy bajo y fue el causante de esta penosa confusión. Calme a los niños, déjeme ir con los del sexto. —y se alejó a toda prisa.

Mis compañeros brotaron de sus escondites. Algunos brincaron y otros bailaron, menos Rocío, que pareció no darse cuenta, pues estaba de rodillas sobre el piso, con las manos unidas en señal de imploración, los ojos cerrados y cantando algo que parecía una oración:

—Ven claridad, quédate y no vuelvas a escapar, no te lleves el sol...

Todo se revolvió en mi cabeza: el conductor de televisión, la mano gigante, mamá, mi abue...y papá...tuve ganas de devolver...Los demás bailan. Rocío brinca con los boletos en mano. Estuve a punto de vomitar cuando repentinamente todos callaron. Me regresé lo que venía para afuera. Supongo que hice una mueca de terrible asco y para disimularlo enojado grité:

—“Pinche conductor de televisión puto y además, cabrón, mentiroso de mierda”. En aquel instante el silencio en el salón me pareció similar a esa enorme piedra que destruiría la tierra. Las miradas estuvieron sobre mí. Volteé a ver a la maestra en espera de una reprimenda y ella, después de mirarme, levantó su minúsculo espejo, se acomodó el cabello y poco después, se pasó un lápiz rojo sobre los labios, varias veces.

MI DOSIS COTIDIANA

Tú, como una puñalada,
entraste en mi corazón,
semejante a una legión
que se agita endemoniada.

Baudelaire

Apenas había probado el primer sorbo de whisky con la urgencia de recibir, durante la noche, mi dosis cotidiana de malta cuando Prudencia dio el portazo. Entró en la sala y sentí su furia. Me preparé mentalmente. No quería caer en una discusión estéril una vez más.

—¡Ahora sí, Germán, no podrás negármelo!

—¿Negar qué?, —respondí con desinterés. Miré hacia las películas ubicadas en el librero del estudio. De inmediato, imaginé las palabras de Prude como un boomerang para que una por una, al regresar, le taponaran la garganta formándole granulosis opresivas, asfixiándole la voz en su pretensión por salir.

—Germán, ¿me escuchas? ¿Qué me respondes a eso?, ¿eh? — “A qué”, pensé con fastidio. Bebí un poco más del pequeño vaso y a pesar de no atender al reclamo, supuse que, como siempre, todo se reduciría a un asunto de celos infundados. “¿A quién demonios miras?, ¿te gustó la del pantalón ajustado, verdad?, ¿te excita su bailoteo cínico?, seguro ya piensas en aquella de las nalgotas”, y disparates como esos. Antes sucedía sólo cuando íbamos en el auto. Prude tenía fijación con la parte que va de la cintura para abajo y a mí en lo personal, una fémica bien dotada del talle a la cabeza siempre me ha parecido una mujer, muy mujer, consideré en aquel momento.

—¡No me ignores Germán!, y respóndeme ¿quién es ella?—, violentamente, me apagó tan luminosa reflexión.

No quise despegar la mirada de una de las películas de Hitchcock. Prudencia iba a romper en llanto y advertí cómo su voz se adelgazaba al punto del lloriqueo. En ese instante, recordé una idea que ya había tenido antes para evadirme de la celotipia marca “Prude”: leer el título de alguna película, concentrarme en el detalle del azar, descubrir coincidencias y por qué no, una respuesta. “La ventana indiscreta”....., tuve pereza. No encontré relación alguna. No me dio resultado a la primera. Ella seguía con el tendadero de palabras humedecidas y fuertes.

—¿Me lo vas a negar imbécil?, dime quién es esa tipa...

Estaba convencido de no ceder ante sus jugarretas. Fui a servirme otro whisky, pues el anterior había pasado a mejor sitio: mi torrente sanguíneo.

Al ingresar en el estudio, donde se encuentra la barra, mi viaje con la mirada se posó en el stock de películas. Ed Wood: Plan 9 del espacio exterior. Lo sentí un consejo inoportuno.

Habermé alejado de la zona en conflicto, atizó la ira de “Prude” y el tono de su monólogo soez. Otra película, pensé, este jueguito me había parecido genial desde su concepción y no brindaba ningún resultado alentador.

—Sé que es una mujer blanca la que llama a tu teléfono...

Estaba decidido a no seguir su absurdo juego y al mismo tiempo, traté de recordar alguna mujer blanca, ¿del trabajo?, ¿de dónde carajos? Eso me empezaba a descontrolar y con el propósito de eludir el estrés, seguí con mi juego: Dostoyevski, Crimen y castigo. Adaptación de la novela para una serie televisiva inglesa. Muy sugerente pero rechacé la técnica raskolnikoviana. No correría sangre por ningún motivo. Prude venía hacia mí y se detuvo en el marco de la puerta. Tuve que frenar mi introspección porque alcancé a escuchar las últimas cinco palabras con las que concluyó su atisbo.

—...Me lo dijo la tarotista...

—¿Qué, qué?, —le subrayé el segundo qué con la idea de hacerla entrar en razón. << ¿Una tarotista?>>, estuve tentado a volver los ojos al maestro Fiodor o a Carpenter, director de cine que, con obstinación hacía relucir su “Halloween” frente a mi vista.

—¿Sabes lo que me estás diciendo? —,espeté. —¿Una tarotista?, ¿confías en la palabra de una tarotista? y ¿por esa razón vienes a plantarme un show así?, —volví a espetar.

Iba a interrumpir el juego de los títulos y a emprender la huida, cuando ella mencionó un nombre que me dejó congelado. Liberó una por una, las letras de su nombre.

—Se llama Maila. Imbécil. M-A-I-L-A, MAI-LA-. Vas a negarlo? — Prudencia describió a la supuesta mujer: ojos grandes, muy negros, nariz afilada, labios gruesos y generalmente de color cereza. Talle delgado, cadera epicúrea y muy bien dotada de la cintura hacia arriba. <<¡Efectivamente ella es blanca!>>, pensé. El blanco resulté yo, supongo que hasta la transparencia, pues Prude se encendió tanto al notar mi reacción que se me fue encima con las uñas afiladas por delante. Fue necesario interponer entre ambos el perchero que me regaló don Matías, mi abuelo.

Estúpidamente, caímos en “el te alcanzo y a que no”. Nos movíamos de un lado para otro, yo en huida, por supuesto. Sin desearlo, mi vista cayó en el librero. La Guerra de las Galaxias, con sus seis episodios. Y sí, sólo faltaban las espadas láser.

<<Debe ser una maldita broma>>, lo supuse angustiado, pues la mujer de piel blanca, concordaba con una Maila a quien yo conocía muy bien, sólo que esa hermosura provocadora del revuelo entre Prude y yo venía de algún lugar en mis más oscuros y lejanos sueños, literalmente hablando.

Ansié tener un control remoto prodigioso y paralizarlo todo. Gozar del tiempo suficiente para colegir, pero como eso era una idea muy estúpida, me hice cinco o seis preguntas que no encontraron respuestas. En la búsqueda, otra vez mis ojos cayeron donde las películas. El título que saltó fue: Los inútiles, de Fellini. Vaya, no quería más tratos con los directores porque de seguro, estaban cagándose de la risa, desde algún punto crucial entre mi librero y su obra que, a juzgar por su acomodo, se agrupaba por géneros. Los clásicos del cine mudo, las épicas, los western, los contemporáneos y desde luego, las de horror. Entrampado en mi propio juego, llegué a pensar que se había formado algún complot en contra mía.

Nos frenamos un instante para tomar aire. Prude comenzó a sofocarse, interrumpiendo su jiribilla. Respiré profundo y poco a poco, brotaron todas las partes que yo guardaba escondidas, donde ella, Maila, sobresalía siempre ante cualquier sueño que yo hubiese tenido, su talle, el contoneo de su cadera y su sonrisa.

Maila apareció en mis sueños donde yo solía volar con regularidad. Por alguna razón descendí, entonces, ¡coincidimos en el interior de una estación de policía!, donde vendían películas clonadas, creo que yo buscaba una cinta porno y ella, una cinta de culto: El Santo contra las mujeres vampiro, versión extranjera, donde desnudas, las vampiresas hacían una rutina dancística y sensual.

—¿Te gusta el cine de luchadores? —, le pregunté.

—Bueno, en realidad, los monstruos en general.

—Entonces, tengo chance... —le dije.

En consecuencia, me dedicó el primer “estúpido” que me sonó dulce. Luego, hablábamos sobre la necesidad de hablar, porque coincidimos en que la palabra es descubrimiento y eso, era lo que comenzábamos a hacer, descubrirnos.

De facto, aparecimos en medio de una multitud, y una lancha surgió elevándose por encima de los varios cientos de cabezas que bailaban un ritmo electrónico monótono. Abordamos el improvisado bote y avanzamos por encima de un líquido violáceo que nos arrastró hacia la zona limítrofe de la mancha urbana. Llegamos más allá de las colonias perdidas, justo donde hay covachas en los cerros alledaños. Allí, Maila habló de tantas cosas. Apacigué cualquier afán conquistador de mi parte. Era ella quien me llevaba la delantera. El sabor de sus palabras me silenciaba y ante su gusto por el cine, hablé, convencido de que mis palabras florecerían en algún sitio de su interior.

Estaba consciente de que aún en sueños debe disfrutarse algo así con los ojos cerrados. Percibí cómo me abrazaba al tiempo que su boca recorría mi cuello. Imaginé una ruta color cereza trazada por su lengua. En un paseo íntimo, dejaba rastros de saliva tibia volviéndose hielo poco después. Sentí dos puntillas afiladas sobre mi yugular. Lentamente, absorbía mi sangre hasta dejarme blanco, lívido, igual que ella. No quise abrir los ojos. No tuve valor ni miedo. Ya sin sangre y bajo el efecto de una embriaguez extraña, le encontré gran parecido con Vampira, actriz finlandesa de cine b, cuyo verdadero nombre era Maila Nurmi, la musa predilecta de Ed Wood y hasta entonces, comprendí el por qué nombrarla de esa manera.

En otros sueños, volví a volar, siempre en la noche, siempre con ella. Podíamos salir por una ventana, elevarnos con el oído abierto para escuchar nuestros giros y definir nuestra propia dirección. Después de horas, mis alas conocieron por primera vez el cansancio.

Descendí cerca del mar, ella me esperaba sobre la playa. Otra vez platicábamos, interrumpidos apenas, por el oleaje marino que jugaba a romper la noche y a dejar fragmentos de espuma y sal cerca de nuestros pies.

Buscamos un refugio bajo el muelle principal. A esa hora nadie caminaba cerca y nos concentramos en el silencio relativo que deja el mar cuando sus olas se extinguen en la arena. Me sentí habitante de su sangre, un glóbulo rojo que desde siempre circulaba por sus venas.

Estaba convencido de que no eran años de conocerla, sino una o dos vidas o centurias. Sabía con exactitud su domicilio, aunque en cada sueño fuera una calle distinta y cada calle desembocara, a su vez, en una ciudad lejana y cada ciudad se volviera siempre un continente nómada.

Un grito lo rompe todo. Desciendo de mis reflexiones. Es ella, Prudencia que parece tomar un segundo impulso.

—La tarotista es tan efectiva que no sólo me dio el nombre de esa piruja, me confesó lo de aquella “forzosa junta académica” que duró una semana en Puerto Vallarta, tiempo que estuviste con ella. ¡No tienes madre!, ¿Lo vas a negar?, ¿eh?

<<¿Puerto Vallarta?, sí, pero estuve en un maldito curso académico toda la semana>>.

Aturdido, volví a buscar títulos de películas, inseguro de querer continuar con el jueguito. Encontré una a mi favor: El monstruo de la laguna negra. ¡Ah!, qué inolvidable película, pero ¿acaso, yo sería una especie de monstruo estancado en la evolución humana. Más que cualquier respuesta pensé en el cómo era posible que hablara de Maila con tal exactitud. Volví a preguntarme después de un duro trance, ¿acaso habría alguna conexión entre mi lado onírico y la famosa tarotista?, o bien, tal vez soy un imbécil y dormido he de hablar hasta por las pestañas. No me extrañaría nada esta última posibilidad, pues con Prude mis palabras se quedan atoradas o se derriten antes de salir. Pero no, no creo exponer tantos detalles y con tal minuciosidad. No lo creo. Cuando niños, compartía habitación con mi hermano y nunca mencionó que dormido, dijera estupideces>>.

Prude seguía con los gritos en dolby sourround, es decir, envolviéndome a cada paso que daba por el lugar. Fui por otro whisky y en el trayecto me pregunté si también la cartomanciana le habría platicado de la habilidad de Maila con las palabras.

Esa destreza producía en mí, cierta excitación y Maila lo sabía. Al final de cuentas terminábamos en algún motel. Ella era la palabra en movimiento. Me gustaba ser su silencio, pero no un silencio obligado, más bien una opción rítmica ordenada y complementaria.

Lejana, Prudencia, con la voz más ronca, sucedía como en algún programa de telenovelas, resultaba la antítesis, palabra fracturada, mensaje repetitivo y mal escrito.

Busqué de nueva cuenta el título de otra película, aquello había potencializado mi capacidad para blindarme: El Acorazado Poteomkin. Liberé una risilla de autocomplacencia que Prude calificó de incitante.

—Mira imbécil, este jueguito ya me tiene harta —, <<¡ups!>>, pensé, ¿hablará del jueguito de los títulos?

—Y aunque la cartomanciana me haya sugerido que calculara mi distancia y tuviera cuidado con tu golfa, ¿sabes qué?, estoy harta, tengo la dirección de la estúpida esa con la que te revuelcas, su número telefónico y...

El último trago de whisky se me atoró en la garganta porque ese detalle me dejó tieso. <<No puede ser. Cuál dirección, si Maila sólo es producto de mi...>>, inexplicablemente, del librero cayó una película: los 400 golpes de Truffaut. Pues sí, acorde sólo al título, aquello iba de un gancho a un opercut y así, hasta perder la cuenta. Prude soltó sin más, con una voz que sonaba a resignación incipiente

—Le hablé por teléfono y no ha negado nada, al contrario —, al líquido que iba en mi garganta ya le era imposible salir expulsado como sucede en casos similares a éste, pero no la libré de sentir un ardor más intenso a la altura del pecho. <<¿Le habló por teléfono? ¡No negó qué...de nueva cuenta, no puede ser.>>.

Prude se enjugó las lágrimas. Miraba su reloj de pulsera. Jugaba con el anillo matrimonial a quitárselo y volver a colocarlo en su dedo anular. Sonó el timbre en la puerta. Urgida, fue a abrir y sin mirarme dijo:

—Debe ser ella, la he citado para...—no alcancé a escuchar más. Mis oídos se ensordecieron hasta concentrar su capacidad auditiva en los latidos intensos de mi corazón que buscaban un ritmo certero. De verdad ¿sería ella?, ¿Maila la del sueño?

El tiempo, elasticado, pareció suspenderse en un eco. El efecto de los latidos fue desapareciendo. Mi vaso seguía sin whisky y yo con la boca seca. Miraba más allá del corredor principal en espera de escuchar el portazo terminante que pudiera definir cualquier situación. Segundos después me pareció percibir un quejido casi apagado.

Seguí pensando en la posibilidad de una maldita broma. Me llevé el pequeño vaso a la boca como un acto reflejo, cuando a través del fondo cristalino, la ví entrar con ese movimiento tan suyo, tan suave que, hacía sobresalir lo reducido de su talle. El cereza de su boca, entreabierta, contrastaba con la oscuridad de sus ojos que veía más cerca de mí, envolviéndome. Creo que dejé de respirar varios segundos...

—¿Esperas a alguien? —, dijo con voz provocativa.

No pude responder y de reojo, miré cómo mi mano derecha bajaba lentamente el vaso vacío.

—¿Quieres otro whisky? —, acentuó aún más el tono, mientras paseaba su dedo índice derecho sobre mis labios. Le entregué mi vaso húmedo en sus paredes externas, debido a la sudoración de mis dedos. Dio media vuelta y fue por el whisky. Me levanté de manera abrupta. Entré al baño y, ansioso, observé mi cuello frente al espejo. No había puntitos rojos, pero la vena principal latía violenta. Palidecí. Supuse que al salir, me volvería a encontrar con Prude.

Ya en el estudio, alejándose de la barra, ví a Maila con dos vasos en la mano. Al tocar su talle tuve frío y noté un delgado hilo de sangre que le escurría en la comisura derecha. Instintivamente lo limpié con mi lengua. Abrí mis labios para recibir el cereza de su boca.

—Gracias —, respondió ella y me entregó el whisky.

Al fin, se escuchó el portazo esperado. Maila seguía allí, acariciándome con su mano izquierda, donde un anillo matrimonial se movía refulgente.

—Es mejor que se cierren las puertas o ¿no? No es conveniente dejarlas abiertas. ¿Esperas a alguien? —, volvió a preguntar y ese “alguien “ me sonó muy lejano.

Ya no cerré los ojos. Volví la mirada a los maestros del cine y me encontré nuevamente con Hitchcock. Comprendí muy bien la sugerencia del título de la película, pero ya no perdería el tiempo haciendo preguntas. Bebí algo de whisky. Maila miraba la noche desde la ventana y fui hacia ella, convencido de que una sola palabra mía podría haber arruinado la escena.

ÍNDICE

[TODAVÍA NO LO SÉ] 5

[SALACIÓN] 8

[LAS ANTÍPORAS] 10

[POP MATA ROCK] 12

[LA GRAN ESTAFA ROCANROLERA (COMO NI DIOS SALVÓ A LA REINA)] 13

[VEN CLARIDAD] 14

[MI DOSIS COTIDIANA Y UNA MUJER LÍVIDA, POR FAVOR] 17